

INTRODUCCION

La nueva Atlántida pertenece a las grandes utopías clásicas de la historia del pensamiento. La obra de Bacon posee un gran interés dentro del género, debido a que, además de sus valores intrínsecos, su autor es un filósofo eminente y un clásico literario de la lengua inglesa. A diferencia de Tomás Moro, cuya fama radica precisamente en su Utopía, Bacon escribió La nueva Atlántida como por añadidura de su profunda obra filosófica. Todo el Pensamiento de Moro se halla en su Utopía; parte del pensamiento de Bacon se encuentra en su libro La nueva Atlántida. Esto no desmerece, naturalmente, la valía de la obra que va a conocer el lector. Al contrario, para quien se halle familiarizado con las doctrinas de Bacon ofrece redoblado interés saber qué pensaba el gran empirista inglés sobre la organización social y el porvenir de la ciencia y de la técnica.

En un sentido La nueva Atlántida sigue la línea de las utopías clásicas: la ficción de un Estado ideal en el cual son felices los ciudadanos debido a la perfecta organización social reinante; al menos, los males sociales se han reducido al límite mínimo. El título mismo, como habrá comprendido el avisado lector, remite a Platón, creador de otra utopía, y que en una de sus obras habla de un antiguo continente hundido en el océano.

Pero, por otra parte, esta utopía es diferente de las demás. En efecto, no se ocupa primordialmente de la organización de la economía y de la sociedad; esto es secundario y resulta más bien como una consecuencia de la dirección ejercida por una institución minoritaria y selecta. Bacon, preocupado con el porvenir de la ciencia y sus posibilidades futuras, orienta su interés hacia la conquista de la naturaleza por el hombre. Son geniales las predicciones contenidas en La nueva Atlántida: el submarino, el avión, el micrófono, el crecimiento artificial de los frutos, etc., etc. Aunque sin decirlo explícitamente, Bacon sugiere una idea interesante, a saber: que la armonía entre los hombres puede alcanzarse mediante un control de la naturaleza que les facilite los medios precisos para su vida. Esto que parece tan sencillo no ha sido logrado jamás en la historia de la humanidad, ya que el dominio sobre la naturaleza ha sido limitado, insuficiente para que los hombres logren el dorado sueño de vivir sobre la Tierra sin miedo al hambre de una parte de la población, por mínima que sea.

La idea de suponer un Estado ideal donde los hombres vivan felices ha tentado siempre a los filósofos. En este sueño late la creencia, no demostrada, desde luego de que lo que es posible es realizable. El concepto de utopía no debe admitirse sólo como algo puramente imaginario sino como susceptible de ser llevado a la práctica.

Las utopías son, en cierto sentido, programas de acción. Al decir esto no nos referimos al conjunto de detalles que a veces, en efecto, son imposibles de realizar; sino más bien a que la utopía posee, la implícita creencia en la Perfectibilidad y en el progreso del género humano. El pensamiento utópico se halla lejos de todo conservadurismo, considerado en su más pura esencia. El

conservadurismo aspira a mantener como eterno lo que de hecho es así y por el solo hecho de serlo. Cuando el curso de los acontecimientos exige una evolución conveniente, el pensamiento conservador se aferra al empirismo absurdo del mantenimiento del pasado, apoyándose para ello en el concepto, mal entendido, de tradición. Frente a esta doctrina los creadores de utopías fijan su mirada en el porvenir, entreviendo la posibilidad de un Estado, reino o república ideal, donde las imperfecciones que aquejan a la humanidad y consideradas hasta entonces como inevitables, quedan abolidas. Pero ¿cómo quedan abolidas?

Precisamente por la errónea manera de lograrlo la palabra utopía ha dado origen a un adjetivo, utópico, que sirve para designar aquello que, de una u otra manera, se halla alejado de la realidad. Las imperfecciones son resueltas a priori debido a la perfección del sistema imperante en el Estado. Existe una diferencia fundamental entre el pensamiento de la utopía clásica y el pensamiento político científico (Marx, aplicándolo a su doctrina, lo explicó con precisión al hablar de "socialismo utópico" y "socialismo científico"). Para el pensamiento de las utopías clásicas las soluciones no son proporcionadas por la realidad misma, o basándose en ella, sino resueltas de antemano; en una palabra, las dificultades no existen. Si en Platón, la abolición de la propiedad privada, dentro del ámbito de una clase social, impide el egoísmo y la lucha entre los hombres. En Bacon, la existencia de una sociedad perfecta, "La casa de Salomón", conduce de tal modo la vida que la felicidad y el progreso se derivan de su actuación como corolario ineludible y necesario.

La utopía posee un carácter racional extremado, ya que frente a lo que de hecho es, opone lo que, según el pensamiento más estricto, debe ser. Históricamente el enfrentamiento con la realidad circundante no ha sido a veces fácil, e incluso la mayoría de ellas imposible, es natural que el pensamiento haya huido a otros ámbitos buscando un Estado ideal en ninguna parte (Utopía) creado con arreglo a ideas racionales. Y un mundo construido por la razón debe ser perfecto.

Además de anticipaciones del futuro, las utopías son críticas del presente. Todos aquellos problemas que no han sido resueltos adecuadamente en la vida diaria de los Estados contemporáneos del autor, obtienen brillantes soluciones en su creación filosófico-poética. La utopía es la contrapartida del Estado existente hic et nunc.

Bacon presenta en La nueva Atlántida su visión de una utopía. Como hombre de ciencia se hallaba más preocupado con la resolución de problemas científicos y técnicos que sociales. De ahí que su mirada se dirija por otros caminos. Anticipa inventos que han tardado en ser realizados muchísimos años. La casa de Salomón", sociedad que figura en este libro, y cuya misión es la de dirigir la vida del país, sirvió de modelo para crear la Royal Society inglesa, que tan alto papel ha desempeñado en la Gran Bretaña.

Y, ahora, dejemos que hable Bacon.

LA NUEVA ATLANTIDA (Francis Bacon).

Zarpamos del Perú (donde habíamos permanecido durante todo un año) hacia China y Japón, por el mar del Sur, llevando provisiones para doce meses; tuvimos vientos favorables del Este, si bien suaves y débiles, por espacio de algo más de cinco meses. No obstante, luego el viento vino del Oeste durante muchos días, de tal modo que apenas podíamos avanzar, y a veces, incluso, pensamos en regresar. Pero más adelante se levantaron grandes y fuertes vientos del Sur, con la ligera tendencia hacia el Este, que nos llevaron hacia el Norte; por este tiempo las provisiones nos faltaron, aunque habíamos hecho buen acopio de ellas. Al encontrarnos sin provisiones, en medio de la mayor inmensidad de agua del mundo, nos consideramos perdidos y nos preparamos para morir. Sin embargo, elevamos nuestros corazones y voces a Dios, al Dios que "mostró sus milagros en lo profundo", suplicando de su merced que así como en el principio del mundo descubrió la faz de las profundidades y creó la Tierra, descubriera ahora también la Tierra para nosotros, que no queríamos perecer.

Y sucedió que al día siguiente por la tarde vimos ante nosotros, hacia el Norte, a poca distancia, una especie de espesas nubes que nos hicieron concebir la esperanza de encontrar tierra; sabíamos que aquella parte del mar del Sur era totalmente desconocida, y que podría haber en ella islas o continentes que todavía no se hubieran descubierto. Por consiguiente, viramos hacia el lugar donde veíamos señales de tierra, y navegamos en aquella dirección durante toda la noche; al amanecer del día siguiente pudimos comprobar con claridad que era tierra, en efecto, llana y cubierta de bosque; y esto la hacía aparecer más oscura. Después de hora y media de navegación penetramos en un buen fondeadero, que era el puerto de una bella ciudad; no era grande, ciertamente, pero estaba bien edificada y ofrecía una agradable perspectiva desde el mar. Y figurándose los largos los minutos hasta que estuviéramos en tierra firme, llegamos junto a la costa. Pero inmediatamente vimos a muchas personas, con una especie de duelas en las manos, que parecían prohibirnos desembarcar; no obstante, sin exclamaciones ni signos de fiereza, sino sólo como avisándonos mediante signos de que nos alejáramos. Entonces, bastante desconcertados, nos consultamos unos a otros acerca de lo que deberíamos hacer.

Durante este tiempo nos enviaron un pequeño bote con unas ocho personas a bordo, de las cuales una llevaba en la mano un bastón de caña, amarillo, pintado de azul en ambos extremos; subió el hombre a nuestro barco sin la menor muestra de desconfianza, Y cuando vio que uno de nosotros se hallaba ligeramente destacado de los demás, sacó un pequeño rollo de pergamino (un poco más amarillo que el nuestro, y brillante como las hojas de las tablillas de escribir, pero suave y flexible), y se lo entregó a nuestro capitán. En este rollo estaban escritas en hebreo y griego antiguos, en buen latín escolástico y en español las siguientes frases: "No desembarque ninguno de ustedes y procuren marcharse de esta costa dentro de un plazo de dieciséis días, excepto si se les concede más tiempo. Mientras tanto, si desean agua fresca, provisiones o asistencia para sus enfermos, o bien alguna reparación en

su barco, anoten sus deseos y tendrán lo que es humano darles." El texto se hallaba firmado con un sello que representaba las alas de un querubín, no extendidas sino colgando y junto a ellas una cruz. Después de entregarlo, el funcionario se marchó dejando sólo a un criado con nosotros para hacerse cargo de nuestra respuesta.

Consultando esto entre nosotros nos encontrábamos muy perplejos. La negativa a desembarcar, y el rápido aviso de que nos alejáramos, nos molestó mucho; por otra parte, el saber que aquellas personas dominaban algunos idiomas, y poseían tanta humanidad, nos confortaba no poco. Y, sobre todo, el signo de la cruz en aquel documento nos causaba una gran alegría, como si constituyera un presagio cierto de buena fortuna. Dimos nuestra respuesta en español: "Que nuestro barco estaba bien, ya que nos habíamos encontrado mucho más con vientos suaves y contrarios que con tempestad alguna. Que respecto a nuestros enfermos, había muchos, y en muy mal estado; de modo que si no se les permitía desembarcar, sus vidas corrían peligro." Expresamos en particular nuestras otras necesidades añadiendo. "que teníamos un pequeño cargamento de mercancías, de modo que si querían comerciar con nosotros podríamos así remediar nuestras necesidades sin constituir una carga para ellos." Ofrecimos como recompensa algunos doblones al criado y una pieza de terciopelo carmesí para que se la llevara al funcionario; pero el criado no las aceptó; apenas las miró; así, pues, nos dejó, regresando en otro pequeño bote que había acudido por él.

Unas tres horas después de haber enviado nuestra contestación vino hacia nosotros una persona que, al parecer, poseía autoridad. Vestía una toga de amplias mangas, hecha de una especie de piel de cabra, de un magnífico color azul celeste y mucho más llamativa que las nuestras; la ropa que llevaba deba o era verde, lo mismo que el sombrero; tenía éste la forma de un turbante, estaba muy bien hecho, y no era tan grande como los turbantes turcos; los rizos de su pelo sobresalían por los bordes. Era un hombre de aspecto venerable. Venía en un bote, dorado en algunas partes, acompañado sólo de cuatro personas; lo seguía otro bote con unas veinte. Cuando estuvo a un tiro de flecha de nuestro barco, nos hicieron indicaciones de que enviáramos a algunos de los nuestros a su encuentro en el agua, cosa que hicimos mandando al segundo de abordó y acoipañándolo cuatro de nosotros.

Cuando estuvimos a seis yardas de su bote, nos ordenaron detenernos, y así lo hicimos. Y entonces el hombre a quien he descrito antes se levantó y en alta voz preguntó en español: "¿Son ustedes cristianos?". Respondimos afirmativamente, sin miedo a que pudiera sernos perjudicial, a causa de la cruz que habíamos visto en el manuscrito. Al oír esta respuesta, la mencionada persona levantó su mano derecha hacia el cielo, la bajó suavemente hasta su boca (que es la señal que ellos hacen cuando dan gracias a Dios), y después dijo: "Si todos ustedes juran, por los méritos del Salvador, que no son piratas ni han derramado sangre, legal o ilegalmente, en los cuarenta últimos días, tendrán permiso para desembarcar". Contestamos que estábamos dispuestos a prestar juramento. Entonces uno de sus acompañantes que, según parecía, era notario legalizó el hecho mediante acta. Realizado esto, otro de los acompañantes del personaje, que se encontraba con él en el mismo bote, y

después de escuchar las palabras que su señor le murmuró, dijo en voz alta: "Mi señor quiere hacerles saber que no se debe a orgullo o dignidad el hecho de que no haya subido al barco; sino porque en su respuesta ustedes declararon que tenían muchos enfermos, por cuyo motivo el Director de Sanidad de la ciudad le advirtió que mantuviera cierta distancia". Le hicimos una reverencia, respondiendo que nos consideráramos sus humildes servidores, y que estimáramos como un gran honor y una singular muestra de humanitarismo lo que ya había hecho por nosotros; no obstante, esperábamos que no fuera infecciosa la enfermedad que padecían nuestros hombres. Se volvió él y poco después subió a bordo de nuestro barco el notario, llevando en la mano un fruto del país, parecido a una naranja, pero de un color entre morado y escarlata, y que desprendía un perfume excelente. Lo empleaba, según parecía, para preservarse de una posible infección. Nos tomó juramento "en nombre y por los méritos de Jesús", diciéndonos a continuación que hacia las seis de la mañana del día siguiente se nos llevaría a la Casa de los Extranjeros (así la llamó él), donde se nos acomodaría a todos, a los sanos y a los enfermos. Cuando se iba a marchar le ofrecimos algunos doblones, pero sonriendo dijo que no se le debía pagar dos veces por un solo trabajo; quería decir con esto (según me pareció comprender) que le bastaba con lo que el Estado le pagaba por sus servicios, según supe más adelante, al funcionario que acepta gratificaciones le llaman "Pagado dos veces".

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó el mismo funcionario del bastón que ya conocíamos y nos dijo que venía a conducirnos a la Casa de los Extranjeros y que había anticipado la hora "para que pudiéramos tener libre todo el día con objeto de dedicarnos a nuestras ocupaciones. Pues -añadió- si siguen mi consejo, deben venir primero sólo unos cuantos de ustedes, examinar el lugar y ver qué es lo que les conviene; y después pueden enviar por sus enfermos y los hombres restantes para que desembarquen." Se lo agradecemos diciéndole que Dios le premiaría la molestia que se tomaba con los desolados extranjeros que éramos nosotros. Así, pues, desembarcamos con él seis de nosotros; cuando estuvimos en tierra, él, que marchaba delante, se volvió y nos dijo que no era sino nuestro servidor y guía. Nos condujo a través de tres bellas calles, y a todo lo largo del camino que seguimos había reunidas personas, a ambos lados de la calle, colocadas en fila; pero se mantenían tan corteses que parecía que no estaban allí para maravillarse de nosotros sino para darnos la bienvenida; muchas de ellas, a medida que pasábamos, extendían ligeramente los brazos, cosa que hacen cuando dan la bienvenida.

La Casa de los Extranjeros es un edificio bello y espacioso, construido de ladrillo, de un color algo más azul que el nuestro; tiene elegantes ventanales, unos de cristal y otros de una especie de batista impermeabilizada. Nos llevó primero a un saloncito del primer piso y nos preguntó entonces cuántos éramos y cuántos enfermos había. Le respondimos que en total unas cincuenta personas, de las cuales diecisiete estaban enfermas. Nos recomendó que tuviéramos un poco de paciencia y que esperáramos hasta que volviera, lo que, en efecto, hizo una hora más tarde; nos condujo entonces a ver las habitaciones que habían preparado, y que eran diecinueve en total. Al parecer habían sido dispuestas para que cuatro de ellas que eran mejores que las

restantes, albergaran a los cuatro hombres principales de entre nosotros, individualmente; las otras quince para los demás, dos por cada habitación. Eran los cuartos elegantes, alegres y muy bien amueblados. Nos condujo luego a una larga galería, parecida al dormitorio de un convento, donde nos mostró a todo lo largo de un lado (pues el otro estaba constituido por la pared y las ventanas) diecisiete celdas, muy limpias, separadas unas de otras por madera de cedro. Como en total había cuarenta celdas (muchas más de las que necesitábamos) se destinaron a enfermería para las personas enfermas. Nos dijo, además, que cuando alguno de nuestros enfermos se sintiera bien se le trasladaría de su celda a una habitación; con este objeto habían preparado diez habitaciones disponibles, además del número de que hablamos antes. Realizado esto, nos llevó de nuevo al saloncito, y levantando un poco su bastón (como suelen hacer cuando dan una orden o un encargo), nos dijo: "Deben ustedes saber que nuestras costumbres disponen que pasado el día de hoy y de mañana (días que les dejamos para que todas las personas descendan del barco) , permanezcan sin salir de esta casa durante tres días. Pero no se molesten ni crean que se trata de una restricción de su libertad, sino para que se acomoden y descansen. No carecerán de nada, y hay seis personas que tienen la misión de atenderlos respecto a cualquier asunto que necesiten resolver en la calle." Le dimos las gracias con el mayor afecto y respeto, y dijimos: "Dios, con seguridad, está presente en esta tierra." Le ofrecimos también, veinte doblones, pero sonrió y dijo únicamente:

"¿Cómo? ¡Pagado dos veces!". Y se marchó.

Poco después nos sirvieron la comida, que fué muy buena, tanto el pan como la carne; mejor que en cualquier colegio universitario que yo haya conocido en Europa. Nos dieron también tres clases de bebidas, todas ellas sanas y buenas; vino, una bebida hecha de grano, como nuestra cerveza, pero más clara, y una especie de sidra elaborada con frutas del país; bebida ésta maravillosamente agradable y refrescante. Nos trajeron, además, gran cantidad de las naranjas escarlata, a las que ya me he referido, para nuestros enfermos; nos dijeron que constituían un eficaz remedio para las enfermedades adquiridas en el mar. Nos dieron también una caja de pequeñas pildoras grises o blanquecinas, pues querían que nuestros enfermos tomaran una cada noche antes de dormirse; aseguraron que les ayudaría a curarse rápidamente.

Al día siguiente, después que cesaron las molestias ocasionadas por el transporte de nuestros hombres y equipajes desde el barco, y que estuvimos instalados y algo más tranquilos, consideré razonable reunir a todos los hombres, y cuando lo estuvieron les dije: "Queridos amigos: vamos a examinar nuestra situación y a nosotros mismos. Cuando nos considerábamos encerrados en las profundidades marinas, he aquí que nos encontramos arrojados en tierra, como Jonás del vientre de la ballena; y ahora que estamos en tierra nos hallamos, sin embargo, entre la vida y la muerte, pues nos encontramos más allá del viejo y del Nuevo Mundo; si hemos de volver a contemplar de nuevo a Europa, sólo Dios lo sabe. Una especie de milagro nos ha traído aquí, y algo así tendría que suceder para sacarnos. Por lo tanto, en agradecimiento por nuestra pasada liberación y por nuestro peligro presente y los futuros, veneremos a Dios, y que cada uno de nosotros haga un acto de

contrición. Además, nos encontramos entre un pueblo cristiano, piadoso y humano: presentémonos ante ellos con la mayor dignidad posible. Pero aún hay más; puesto que nos han encerrado entre estas paredes (aunque muy cortésmente) durante tres días, ¿no es acaso con objeto de observar nuestra educación y comportamiento? Y si lo encuentran malo, alejarnos; si bueno, concedernos más tiempo. Estos hombres que nos atienden tal vez nos vigilan. ¡Por amor de Dios, puesto que amamos el bienestar de nuestras almas y cuerpos comportémonos como Dios manda y hallaremos gracia ante los ojos de este pueblos!

Todos, unánimemente, me agradecieron la advertencia, prometiendo vivir sobria y pacíficamente, sin dar la menor ocasión de ofensa. Así pues, pasamos nuestros tres días alegremente, despreocupados, esperando saber qué harían con nosotros cuando expiraran. Durante aquel tiempo tuvimos la satisfacción constante de ver mejorar a nuestros enfermos, quienes se creían sumergidos - en alguna fuente milagrosa, ya que mejoraban con tanta naturalidad y rapidez.

Cuando hubieron transcurrido los tres días, a la mañana siguiente, se presentó un hombre, al que no habíamos visto antes, vestido de azul como el primero, excepto su turbante que era blanco con una pequeña cruz roja en lo alto. Llevaba también una esclavina de lino fino. A su llegada se inclinó ligeramente ante nosotros y extendió sus brazos. Por nuestra parte lo saludamos humilde y sumisamente, pareciendo que recibiríamos de él una sentencia de vida o muerte. Deseaba hablar con algunos de nosotros. Sólo permanecimos seis y el resto abandonó el aposento. Dijo: "Por mi profesión soy Gobernador de esta Casa de los Extranjeros, y por vocación sacerdote cristiano; y por esto, dada vuestra condición de extranjeros, y principalmente de cristianos, es por lo que vengo a ofrecerles mis servicios. Puedo decirles algunas cosas, que creo escucharán de buena gana. El Estado les concede permiso para que permanezcan aquí durante seis semanas; y no se preocupen si sus necesidades exigen un plazo más amplio, pues la ley no es muy precisa acerca de este punto; y no dudo de que yo mismo podré conseguirles el tiempo que sea conveniente. Sabrán ustedes que la Casa de los Extranjeros es rica ahora, ya que conserva ahorradas las rentas de estos últimos treinta y siete años, y en este tiempo no ha llegado aquí ningún extranjero; no se preoportunen, el Estado costeará todo durante su estancia entre nosotros. Por esto, no tengan prisa. Respecto a las mercancías que han traído se emplearán, y cuando regresen tendrán el equivalente en mercancías, o en oro y plata; pues para nosotros es lo mismo. Si tienen que hacer alguna petición, no la oculten, pues observarán que, sea cualquiera la respuesta que reciban, no dejarán de hallarse protegidos. Sólo debo advertirles que no deben retirarse más de un karan (milla y media entre ellos) de las murallas de la ciudad sin un permiso especial."

Respondimos, tras de mirarnos los unos a los otros durante corto tiempo, admirando este trato gracioso y paternal, que no sabíamos lo que decir, ya que no teníamos palabras bastantes para expresarle nuestro agradecimiento; y que sus nobles y desinteresados ofrecimientos hacían innecesario preguntar nada. Nos parecía que teníamos ante nosotros un cuadro celestial de nuestra salvación; habiéndonos hallado muy poco tiempo antes en las fauces de la

muerte, nos veíamos ahora en un lugar donde sólo encontrábamos consuelos. Respecto a la orden que se nos había dado no dejaríamos de obedecerla, aunque era imposible, a menos de que nuestros corazones se inflamaran, que intentáramos ir más allá del límite en esta tierra sagrada y feliz. Agregamos que primero nos quedaríamos mudos que olvidar en nuestras plegarias su reverenda persona o a todo su pueblo. Le rogamos también humildemente que nos considerara sus verdaderos servidores, con el mismo derecho con que estuviera obligado cualquier hombre sobre la tierra; y que poníamos a sus pies, tanto nuestras personas como cuanto poseíamos. Contestó que él era un sacerdote y que sólo buscaba la recompensa propia de un sacerdote: nuestro fraternal cariño y el bien de nuestras almas y cuerpos. Se separó de nosotros con lágrimas de ternura en sus ojos, dejándonos confundidos con una mezcla de alegría y afecto, diciéndonos entre nosotros que habíamos llegado a una tierra de ángeles, que se nos aparecían a diario, y nos anticipaban unas comodidades que no pensábamos, ni, mucho menos, esperábamos.

Al día siguiente, a las diez, el Gobernador vino otra vez y después de saludarnos nos dijo familiarmente que venía a visitarnos; pidió una silla y se sentó, y nosotros, que éramos unos diez (los demás eran subalternos, y otros habían salido), nos sentamos con él; cuando estuvimos todos acomodados empezó así: "Los habitantes de esta isla de Bensalem (así la llaman en su lengua) nos encontramos en la situación siguiente: debido a nuestra soledad y a la ley del secreto que mantenemos para nuestros viajeros, y a causa de la poco frecuente admisión de extranjeros, conocemos bien el mundo habitado y a nosotros no se nos conoce. Por esto, como lo corriente es que interroge el que sabe menos, me parece más razonable que, para distraernos, que ustedes me pregunten en lugar de preguntarles yo a ustedes."

Respondimos que le agradecíamos humildemente que nos diera permiso para hacerlo así, y que pensábamos, a juzgar por lo que ya sabíamos, que en todo el universo no había cosa más merecedora de conocerse que el estado de esta tierra feliz. Pero sobre todo -dijimos- puesto que nos habíamos encontrado procedentes de tan diferentes confines del mundo, y con seguridad esperábamos que volveríamos a encontrarnos un día en el reino de los cielos (ya que todos éramos cristianos)., deseábamos saber (teniendo en cuenta que esta tierra está tan remota y separada por vastos y desconocidos océanos de la tierra donde vivió nuestro Salvador) quién fue el apóstol de esta nación, y cómo se convirtió a la fe. Nuestra pregunta hizo brillar la satisfacción en su rostro. Respondió: "Al hacerme esta pregunta en primer lugar, mi corazón se siente más ligado al vuestro, ya que muestra que buscáis ante todo el reino de los cielos; con gusto, y brevemente, contestaré a vuestra demanda.

"Unos veinte años después de la ascensión de nuestro Salvador, los habitantes de Renfusa (ciudad de la costa oriental de nuestra isla) vieron a la distancia de unas millas (la noche era nubosa y tranquila) un gran pilar de luz en el mar; tenía la forma de una columna o cilindro y ascendía del mar hacia el cielo; en lo alto se veía una gran cruz luminosa, más brillante y resplandeciente que el fuste del pilar. Ante tan extraño espectáculo las gentes de la ciudad se concentraron rápidamente en la playa para admirarlo; luego se embarcaron en cierto número de pequeños botes con objeto de aproximarse más a aquella

maravillosa vista. Pero cuando estaban a unas sesenta yardas del pilar se encontraron con que no podían avanzar, aunque podían moverse en otras direcciones; las personas permanecieron en los botes en una actitud contemplativa, como en un teatro, mirando aquella luz, que era como un signo celestial. Sucedió que en uno de los botes se hallaba uno de nuestros hombres más sabios, de la Sociedad "La Casa de Salomón", casa o colegio, mis queridos hermanos, que constituye el alma de este reino; habiendo mirado y contemplado atenta y devotamente durante un rato el pilar y la cruz, este sabio cayó sobre su rostro, y luego, irguiéndose y elevando sus manos al cielo, oró de esta manera:

"Señor, Dios del cielo y de la tierra, por tu gracia nos has permitido conocer la creación, tu obra, y sus secretos; y discernir (en cuanto le es posible al hombre) entre los milagros divinos, las obras de la naturaleza, las artísticas, y las impostoras e ilusiones de todas clases. Doy fe ante este pueblo que en lo que estamos contemplando en estos momentos se halla tu dedo, y es un verdadero milagro. Y como, según hemos aprendido en nuestros libros, realizas milagros con vistas a un fin excelente y divino (pues las leyes de la naturaleza son tus propias leyes, y tú no las varías a no ser por un gran motivo), te suplicamos humildemente que nos sea posible interpretar este gran signo; lo cual parece que lo prometes, al enviárnoslo".

"Cuando acabó su oración notó que el bote podía moverse sin impedimento, mientras que los demás permanecían quietos; y considerando que ello significaba permiso para aproximarse, hizo que, remando silenciosamente, el bote se acercara al pilar. Pero cuando llegó cerca de él, el pilar y la cruz luminosa -se esfumaron, rompiéndose, por así decirlo, en un firmamento de estrellas, que también se desvaneció poco después; y nada más se vio a no ser un pequeño cofre o caja de cedro, seco, y no húmedo aunque flotaba en el agua. En su parte anterior, la que estaba más cerca de él, crecía una pequeña rama verde de palma; cuando el sabio tomó el cofre en sus manos, con toda reverencia lo abrió y se encontraron dentro un libro y una carta, escritos ambos en fino pergamino y enrollados en trozos de tela. El libro contenía todos los libros canónicos del Viejo y del Nuevo Testamento, tal como los tienen ustedes (pues sabemos que su Iglesia los recibió), y el Apocalipsis; también había otros libros del Nuevo Testamento, aunque en aquel tiempo aún no habían sido escritos. La carta contenía estas palabras:

"Yo, Bartolomé, siervo del Altísimo y apóstol de Jesucristo, fui avisado por un ángel que se me apareció en una gloriosa visión para que depositara este cofre sobre las olas del mar. Por consiguiente, declaro y doy fe de que el pueblo al que llegue este cofre, por voluntad de Dios, el día mismo de su llegada obtendrá la salvación, la paz y la bienaventuranza tanto del Padre como de Nuestro Señor Jesucristo."

"Con estos escritos, tanto con el libro como con la carta, ocurrió un gran milagro parecido al de los apóstoles: el del primitivo don de lenguas. Viviendo en aquel tiempo, en esta tierra, hebreos, persas e indios, además de los nativos del país, todos ellos pudieron leer el libro y la carta como si estuvieran escritos en su propia lengua. De este modo, y por el arca o cofre, se salvó esta tierra de

la infidelidad (como parte del mundo antiguo se salvó del diluvio) mediante la milagrosa y apostólica evangelización de San Bartolomé."

Hizo una pausa, llegó en este instante un mensajero y se marchó. Esto fué cuanto sucedió durante la reunión.

Al día siguiente vino otra vez el mismo Gobernador, inmediatamente después de comer, y se excusó diciendo que el día anterior se separó de nosotros con cierta brusquedad, pero que ahora quería recompensarnos y pasar algún tiempo con nosotros si su compañía y conversación nos agradaba. Le respondimos que nos gustaba y agradaba tanto que dábamos por bien empleados los peligros pasados y futuros sólo por haberle oído hablar; y que creíamos que una hora pasada con él valía más que años enteros de nuestra antigua vida. Se inclinó ligeramente, y tras habernos sentado exclamó: "Bien, ahora les corresponde a ustedes preguntar."

Después de una corta pausa, uno de nosotros dijo que había algo que teníamos tanto deseo de saber como miedo de preguntar, por temor a ser indiscretos. Pero que animados por su singular amabilidad hacia nosotros (de tal modo que siendo sus fieles y sinceros servidores apenas si nos considerábamos extranjeros) nos atrevíamos a proponerle la cuestión; le rogábamos humildemente que si creía que la pregunta no era pertinente nos perdonara, aunque la rechazara. Le dijimos que habíamos tenido muy en cuenta las palabras que pronunció anteriormente acerca de que esta isla en la que nos encontrábamos era conocida de muy pocos, y que, sin embargo, ellos conocían a la mayoría de las naciones del mundo; que sabíamos que esto era cierto, puesto que conocían los idiomas de Europa y estaban bastante enterados de su organización y asuntos; y que, no obstante, nosotros en Europa (a pesar de todos los descubrimientos de tierras remotas y de todas las navegaciones realizadas en los últimos tiempos) nunca tuvimos el menor indicio de la existencia de esta isla. Hallábamos esto asombrosamente extraño ya que todas las naciones se conocían entre sí, por viajes realizados a los diversos países; y aunque el viajero que visita un país extraño aprende mucho más mediante la vista que el que permanece en la patria y escucha el relato de aquél, sin embargo, ambos métodos son suficientes para alcanzar un conocimiento mutuo, en cierto grado, por ambas partes. Pero respecto a esta isla, jamás se nos dijo que ningún barco procedente de ella hubiera sido visto arribar a las costas de Europa; tampoco a las costas de las Indias orientales u occidentales, ni que ningún barco de cualquier parte del mundo hubiera vuelto de esta isla. Y sin embargo, lo maravilloso no es esto, ya que la situación de la isla (como dijo su señoría) en la secreta inmensidad de tan vasto océano debe ser la causa de ello. Pero el hecho de que conocieran los idiomas, libros y asuntos de países tan distantes, nos hacía no saber qué pensar, ya que nos parecía condición y propiedad de potestades divinas y de seres que permanecen escondidos e invisibles para los demás y a quienes, sin embargo, todas las cosas se les revelan abiertamente.

Al oír este discurso el Gobernador sonrió con benevolencia y dijo que hacíamos bien en pedir perdón, por nuestra pregunta, debido a lo que ella implicaba, ya que parecía como si pensáramos que ésta tierra era una tierra de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

